

CAPÍTULO 1

¿Por qué contar la historia de un fracasado? Bueno, tengo varios motivos; uno de ellos es que estoy hasta el hocico de escribir aventuras de los *Elfos galácticos*®, por muy bien que me paguen, y necesito un descanso. Otro, porque las personas como Cleofás son de carne y hueso, y no fantasías para consumo de adolescentes granujientos adictos a la ViRed. Están ahí a nuestro alrededor, cierto que no hacen nada extraordinario, se limitan a vivir sus vidas sin meterse con nadie. Pero incluso aunque tomen toda clase de precauciones, el mundo acaba metiéndose con ellas. En el caso de Cleofás, su monótona y predecible vida se complicó enormemente cuando el mundo decidió meterse con él, sin que hubiese hecho nada para merecer ese trato descortés.

Pero la principal razón por la que deseo contarles su historia es que gracias a él estoy aquí y puedo hablarles. Cleo me rescató del almacén, impidiendo que me enviasen a la trituradora de carne. Soy agradecido y no puedo menos que reconocerlo.

Aunque eso no evitará que cuente los hechos tal como sucedieron.

Permítanme que me presente. Me llamo Simón Daldasarre y soy un tapir. Malayo, si les interesan los detalles. Les ahorraré una consulta a la enciclopedia: se trata de un mamífero originario de la Tierra, extinguido a finales del siglo XXI; posee una pequeña trompa y el pelo negro, a excepción de los blancos cuartos traseros, y parece el cruce de un oso

hormiguero y un jabalí. Obviamente, no nació en la Tierra; ese planeta lleva un siglo en barbecho y sus océanos son el mejor lugar para encontrar marisco cocido gratis, si no les importa que brille en la oscuridad. Fui creado por la corporación Biogenius dentro de un programa comercial de venta de especies desaparecidas, reconstruidas genéticamente para que coman poco, aprendan dignamente a hacer sus necesidades en una caja de arena y gruñan lo menos posible. Además, proporcionan una amena charla a sus dueños; por eso se nos llama humanimales. Un poco de suero Crionex y te colocan en estado vegetativo tanto tiempo como quieran. Es una alternativa mejor a que te dejen abandonado en la dura acera al llegar la época de vacaciones, pero la sensación es horrible. Imagínense que les inyectan anticongelante en las venas y se harán una idea aproximada.

Si les estoy contando todo esto, es porque lógicamente la pesadilla del Crionex acabó hace tiempo para mí. Ahora soy un acomodado escritor profesional de sagas de aventuras que los adolescentes devoran sin tregua. Pero estarán preguntándose cómo a un humanimal se le permite escribir y cobrar por su trabajo, si legalmente no puede ostentar derechos civiles; y es cierto, no los tengo, al menos no *oficialmente*. El verdadero Simón Daldasarre murió hace quince años. El autor había hecho una copia de seguridad de su cerebro para poder seguir escribiendo esas novelas horribles de su franquicia incluso después de muerto; la editorial y los herederos estaban de acuerdo en mantener la ficción de que Daldasarre seguiría a todos los efectos vivo y coleando, mientras un robot con una copia de su mente despacharía volumen tras volumen de los *Elfos* hasta el fin del universo. Se había registrado su nombre como marca y legalmente nadie podría reprocharles que planeaban estafar al lector. Un libro es un producto como cualquier otro, y la pequeña anécdota de que un autor de éxito muera nunca ha impedido que sigan apareciendo obras con el nombre del fallecido. Es un hecho aceptado y conocido en la industria editorial, aunque la mayoría de lectores lo ignore.

Pero alguien frustró sus planes. Daldasarre sentía un odio patológico hacia su público lector, al que hacía

responsable de haber truncado su carrera como escritor de novela histórica; no tenía paciencia con los adolescentes que inundaban diariamente su ordenador para incordiarle. Uno de estos niños, molesto por el trato áspero que le dispensó Daldasarre, averiguó que el escritor había firmado un contrato con un conocido banco de mentes para que a su muerte restaurasen la copia de su cerebro en un robot. Lo demás fue fácil. El joven se infiltró en la red del banco, robó la información y destruyó la matriz de personalidad, introduciendo un virus inteligente que eliminaría cualquier copia de respaldo que el banco tuviese de su cliente, si era activada. Daldasarre murió años después y sus herederos se llevaron la desagradable sorpresa de que el filón de los *Elfos galácticos*® estaba en peligro, pese a las precauciones tomadas.

Lo cierto es que Daldasarre era muy bueno en su oficio, y aunque su editor buscó sustitutos que siguiesen con la franquicia, ninguno de los continuadores supo encontrar el tono a la serie. Las ventas cayeron en picado, para mayor pánico de las partes afectadas. Los lectores de Daldasarre no eran tan estúpidos al fin y al cabo.

Y bueno, ¿qué pinta un tapir malayo en todo esto?, se preguntarán ustedes.

El juego de aquel niño chiflado no había acabado todavía: tenía una copia completa de la mente del escritor. Sus habilidades le procuraron un puesto de importancia en la factoría que Biogenius posee en el planeta Nudrai, y aprovechó su trabajo para transferir la matriz de personalidad del autor a uno de los animales del almacén. No está claro por qué eligió un tapir, supongo que un cerdo habría sido demasiado obvio y quería ser original. El tapir comía en exceso y sus padres no le permitieron tenerlo en casa, así que lo devolvió a la cadena de montaje, donde le esperaba una dosis de Crionex suficiente para mantenerlo en estasis mil años.

El joven se olvidó definitivamente del tapir y se dedicó a pasatiempos más lucrativos, aprovechando su cargo recién estrenado de ejecutivo. Contaba por entonces quince años, y a esa edad ya se empieza a ser mayor en el ramo de la VA (vida

artificial), de modo que no podía perder el tiempo en chiquilladas. Se supone que los ejecutivos jóvenes en plantilla transmiten a los clientes una imagen de creatividad y renovación. La competitiva industria de la VA no mantenía a empleados lentos, torpes pellejos de carne que piensan más en su plan de pensiones que en dedicarse al cien por cien a la empresa.

Fui sacado de la estasis un par de veces; la policía precisaba los servicios de un husmeador y los tapires tenemos un olfato finísimo, pero se cansaron pronto de mí. Otra vez el problema de la comida, y para colmo había adquirido el vicio de fumar. Perdonen, me estoy apartando de la historia.

Cleo trabajaba también en Biogenius, como programador de sistemas orgánicos. Acababa de cumplir treinta y cinco años y era un empleado ejemplar, acataba escrupulosamente el horario y las normas. Cada mañana llegaba con diez minutos de adelanto a la empresa, impecablemente vestido, los zapatos bien lustrados, la raya del pelo a la izquierda como trazada con una regla. Era obsequioso con sus compañeros, cumplía las tareas a tiempo y nadie había tenido una queja de él.

Pero en comparación al resto del personal, se había hecho viejo, y eso no estaba bien visto. Uno de esos niñatos ejecutivos lo despidió sin albergar el menor remordimiento al firmar su finiquito, y por supuesto, sin darle una sola razón. Cleo fue a la calle sin entender absolutamente nada. Aquello no tenía sentido, se suponía que debía hacer algo mal para que lo echaran, no era justo, ¿qué error había cometido?

Ninguno. El mundo empezaba a meterse con él y le enseñaba sus dientes. Cleo daba por supuestas muchas cosas, como que la vida era una sucesión de actos lógicos, en los que quienes se portan mal reciben castigo y se premia a los que obran correctamente. Su ingenuo esquema se había hecho trizas, pero sus desdichas acababan de comenzar.

Se habría emborrachado aquella noche si hubiese podido; sin embargo, el módulo de felicidad que hizo instalarse en su lóbulo frontal el mes pasado le impedía que el alcohol o las drogas surtiesen efecto en sus neuronas, salvo un leve amodorramiento. No estaba seguro de que el cirujano

hubiese entendido qué era lo que él quería realmente, pues aquel módulo no daba la felicidad ni algo que remotamente se le pareciese. Después de que Sara, su mujer, le abandonase para marcharse con el instructor de gimnasia, Cleo se hizo instalar ese aparato que prometía compensar artificialmente la pérdida del ser querido, aparte de otras utilidades tan espectaculares como falsas. No sirvió de nada, y ahora ya no podía ahogar sus penas con una buena cogorza.

Vagó sin rumbo por las calles del sector humano de Nudrai hasta avanzadas horas de la madrugada. Los recuerdos de Sara afloraban a su mente como si se los hubiesen grabado al fuego en la corteza cerebral. Entró en el quirófano para olvidar y lo único que consiguió fue tenerla planeando por sus sesos como un moscardón insidioso: "fastídate, bzzzz, tienes lo que te mereces, bzzz". Contó sus ahorros. Le alcanzaba para un mes, después tendría que dejar su apartamento de alquiler y mudarse a un sitio más barato.

Quizá he olvidado mencionar que Cleo no era un hombre muy brillante. Se quedaba extasiado con la cháchara de los anuncios y solía repetir los mismos errores, a veces en cortos intervalos de tiempo. Creía en el encantador espejismo de que la tecnología era la solución a sus problemas, y en uno de los tugurios que visitó aquella noche encontró un folleto extrañamente en sintonía con su situación actual, que clavaba un dedo en su pechera y le interrogaba:

«¿Cansado de su vida gris? ¿Le gustaría un cambio radical? Acuda a la clínica Farras. Nuestro tratamiento exclusivo de desinhibición talámica le convertirá en un nuevo hombre dispuesto a gozar de cada segundo del resto de su vida. Haga tabla rasa con su pasado y comience a disfrutar hoy mismo de su LIBERTAD por sólo 1.000 argentales (impuestos no incluidos)»

Cleo consultó su horóscopo. *El oráculo del brujo blanco* le enviaba semanalmente una predicción personalizada por diez miserables argentales. El astrólogo de la ViRed le recomendaba que tuviese cuidado con su salud y que evitase las bebidas frías, lo cual era poco concluyente. Para una predicción más exacta debía pagar un suplemento de cinco pavos, total, una bagatela. Rellenó un cuestionario electrónico

y de inmediato obtuvo un consejo que creyó más apropiado a su situación actual.

«Pequeña hacha derriba un roble. Donde muere una ilusión siempre nace una esperanza», decía el brujo blanco, o más bien el programa de generación de frases que le contestaba al otro lado.

Aquello le aludía directamente a él, no cabía duda. El destino se apiadaba de él y le guiñaba un ojo, dedujo Cleo.

Se equivocaba. El destino tenía cosas más importantes que hacer aquella noche.

Farras había creado su negocio de escultor de personalidades a partir de una premisa básicamente cierta: las personas no están satisfechas con lo que son, muchas no se aguantan a sí mismas y si pudieran, cambiarían.

Dotado de un imaginario cincel, esculpiría una nueva organización de las sinapsis gracias a terapia vírica selectiva, eliminando recuerdos enteros, liberando a sus pacientes de sus traumas y consiguiendo que llegasen a ser lo que deseaban secretamente y no lograrían nunca por cauces normales.

Naturalmente, no era cierto. Farras era un estafador, sus virus tenían tanto fundamento científico como la crema adelgazante o el vudú, pero su verborrea era un canto de sirena muy sugestivo para los incautos, les aturdió y conseguía que abriesen la cartera como una almeja sumergida en agua hirviendo. Una vez cruzaban el umbral de la clínica, estaban perdidos.

Cleofás cruzó ese umbral. Aquella noche había colocado los cimientos de lo que debería ser su vida a partir de entonces. Respetó las normas como un imbécil y ahí tenía la recompensa: le habían echado a la calle sin explicaciones.

Como las desgracias son muy sociables y gustan de visitarnos en grupo, el matrimonio de Cleo había volado por los aires el mes anterior con la agravante de que su esposa saqueó sus cuentas, quedándose además con el uso del piso.

Cleo siempre había obrado de buena fe —o casi siempre, tampoco debemos exagerar—, pero empezaba a comprender que la gente que respetaba las reglas demostraba una gran candidez.

No volvería a ocurrir. Estaba dispuesto a comerse el mundo, lo que hubiera hecho en el pasado no tendría importancia, no sería el siervo de nadie ni volvería a aceptar órdenes. Asumiría los riesgos que conllevaba ser libre. Estaba decidido.

Y como un herbívoro dócil que se acerca al matadero, había pasado previamente por el banco para sacar el dinero con que pagar los honorarios del neurólogo. Poca gente admitía tarcreds como pago dado lo fácil que era falsificarlas. Por si acaso, había sacado doscientos argentales más en previsión de impuestos y algún gasto adicional por si le prescribían medicamentos. Cleo pensaba en todo.

El neurólogo le recibió con una sonrisa de alegría, que camuflaba sus intenciones depredadoras. Lo sometió a un pequeño interrogatorio médico mientras pulsaba el botón que pulverizaba Epifán por la habitación. Se trataba de una droga que nublabla el sentido de los pacientes, impidiéndoles recordar que habían estado allí. Para no resultar afectado, Farras se tomaba cada mañana un bloqueante del Epifán. El producto se empleaba en las misas que una corporación de franquicias religiosas celebraba en la periferia del sector humano de Nudrai. Él recibía una comisión por cada nuevo feligrés que enviase, y como quiera que el Epifán les hacía altamente sugestionables, no era tarea difícil.

Pero Cleo, ya lo he dicho antes, estaba a salvo de esa artimaña: su módulo de la felicidad le impedía disfrutar de sustancias estimulantes. Farras notó algo extraño en su víctima, que no mostraba rasgos de ojos vidriosos, y le hizo una tomografía cerebral, localizando el módulo de la felicidad. Pero por lo que él sabía, esa clase de chatarra no era capaz de neutralizar una droga tan potente; luego le inyectó una solución intravenosa de Epifán, por si no había respirado suficiente, asegurándole que era la primera dosis de virus y que notaría los primeros efectos desinhibidores en las próximas veinticuatro horas. Como la droga seguía sin surtir

efecto, Farras se limitó a deslizarle en el bolsillo de la chaqueta un holocubo de propaganda de la corporación NeoCredo, sin que su presa lo advirtiera, y le citó para el mes que viene.

Cualquier persona con dos dedos de frente habría tirado el cubo al conversor de materia más cercano. Cleo, aunque sea reiterativo decirlo, no era de ese tipo de personas. Se marchó tranquilamente a almorzar, hizo algunas compras y luego sintió curiosidad por el pequeño bulto del bolsillo que acababa de descubrir.

La proyección tridimensional en miniatura era de baja calidad y su circuitería chapucera ni siquiera despedía olores, aunque conocido el medio que empleaban para captar adeptos, era mejor así. Cleo anotó la dirección de la iglesia y pensó que no perdía nada echando un vistazo. Ya empezaba a sentir un hormigueo interior de autoconfianza, que achacó a los efectos del virus que recorría sus arterias. La medicina lo transformaría en un hombre nuevo.

Es tan hermoso creer en la magia... ¿Qué sería del universo sin todos esos atributos sobrenaturales que le adjudicamos? Un cosmos sin hechizo ni misterio no tendría ningún encanto.

CAPÍTULO 2

Al menos, ningún encanto para la gente como Cleo. Sí lo tenía, y mucho, para tipos como Farras o las sanguijuelas de NeoCredo que exprimían hasta el último argental de los fieles que se adentraban en sus iglesias franquiciadas.

El edificio de la Mentalogía estaba enclavado en una zona industrial periférica, donde el suelo era más barato. Externamente era una construcción poco impresionante, podía ser una fábrica de compostaje, una granja de animales, cualquier cosa. NeoCredo no invertía un céntimo adicional en lujos innecesarios.

Por ello, Cleo tuvo que activar nuevamente el holograma para comprobar que no se había equivocado de dirección. Su cada vez más adormecido sentido racional le envió una señal de alarma, que patinó furiosamente por las circunvoluciones de su cerebro como un coche en una pista de carreras helada, para acabar estrellándose contra el muro de su estupidez. Sin gente como él, las iglesias de NeoCredo habrían empacado trastos hace tiempo. Es lamentable que en el siglo XXV, pese a nuestra poderosa tecnología, la superstición no sólo no haya desaparecido sino que siga ganando terreno. Los ciudadanos suelen ignorar aquello que huele a ciencia. En una reciente encuesta realizada en Dricon, la capital de la Confederación, el 20% de los ciudadanos no se creía que el planeta fuese esférico y que diese vueltas alrededor de su sol Géminis Alfa. La primera generación de colonos llegó a Dricon hace siglo y medio, así que la mayoría de sus pobladores actuales no han salido nunca de su mundo, ni se molestan en adquirir nociones

básicas de astronomía porque no piensan que tengan utilidad en su vida diaria.

Cleo, menos mal, no formaba parte de ese vergonzoso veinte por ciento; tampoco vivía en Dricon, sino en Nudrai, aunque a la postre eso no cambiaba mucho el asunto. Sabía qué era un sistema solar, dónde estaba la capital confederal y tenía una vaga idea sobre otros sistemas planetarios, así como que las estrellas brillaban por fusión nuclear y no por combustión de carbón, pero consultaba su horóscopo con frecuencia y se dejaba llevar por el oráculo del brujo blanco, que más que predicciones daba consejos genéricos aplicables a cualquier persona. En cambio, lo sabía absolutamente todo sobre vida artificial de tercera generación, redes inteligentes y ordenadores de base predictiva.

Fuera de su minúscula isla de conocimiento estaba perdido.

El circuito reconocedor de la puerta captó un feligrés potencial. Cotejó el rostro con la base de datos que el censo electoral de Nudrai vendía a quien pagara por ella, y un cruce a la velocidad de la luz con otros ficheros que albergaban información confidencial de Cleo —igualmente al alcance de cualquiera que abonase la tarifa oportuna— determinaron el perfil de cliente, que el ordenador central de la iglesia evaluó con interés. Cleo, entre tanto, no había terminado de subir los tres peldaños de la escalinata.

Las puertas de la iglesia de la Mentalogía se abrieron, invitadoras, y una voz sugestiva le dio la bienvenida. Podría haberle saludado por su nombre, pero eso causaba una impresión incómoda a los que iban allí por primera vez. Cleo entró confiadamente, pensando que nada debía temer.

El interior del edificio tenía una estructura carnosa que imitaba un útero humano. Cálido y húmedo, las paredes parecían latir con un desconcertante pulso, como un organismo vivo. El aforo del patio estaba cubierto en una cuarta parte; habría unas cuarenta personas, aunque la oscuridad del recinto y una neblina sospechosa que olía como la clínica de Farras le dificultaba la visión. Ningún oficiante de carne y hueso hablaba desde el púlpito; lo sustituía un holograma de tres metros de altura de voz mortecina, que

recitaba una letanía. Cleo se sentó en un banco y observó a su alrededor: la gente exhibía en su semblante una felicidad boba, los ojos hipnotizados en los movimientos del holo. De vez en cuando recitaban, más bien boqueaban, alguna frase que formaba parte del ritual.

Al término de la ceremonia, un ser encorvado y bajito recorrió los bancos, pasando un saco en el que los feligreses echaban alegremente los donativos. Cuando el ser llegó a su altura, todos los del banco echaron billetes de cien o doscientos argentales en el saco excepto él, que no dio un céntimo. El alienígena le miró, extrañado: se trataba de un viaci. Tenía el cráneo estrecho y el hocico prominente que recordaba al de una oveja, ojos grandes y andares un tanto deshilachados. El viaci se quedó sorprendido de que no contribuyese a la colecta y esperó unos segundos antes de decidirse a pasar al siguiente banco.

Cleo estaba intrigado; su escasa perspicacia le impedía descubrir que el Epifán pulverizado era el origen de la generosidad de los feligreses, y como él no estaba afectado suponía que los demás tampoco debían estarlo. Esperó a que ocurriese algo más, pero el público comenzaba a retirarse. Había sido una pérdida de tiempo, pensó.

—Espere. El jefe quiere verle.

El viaci había aparecido sigilosamente a su espalda.

—¿Por qué? —inquirió Cleo—. No he hecho nada.

—Tiene curiosidad por conocerle.

—Creí que la donación era voluntaria. No me informaron cuando entré que había que pagar por asistir.

—Por supuesto que no. Es libre de irse si lo prefiere.

El viaci le miró de una forma rara, como si deseara que Cleo se marchase ahora mismo de allí.

Ignoró la nueva señal de alarma. Ahora que no tenía que volver al trabajo disponía de tiempo de sobra.

Accedió a acompañarlo. El viaci lo condujo a la oficina donde le aguardaba el jefe.

Un goffon.

—Siéntate, por favor —invitó—. Ebo me ha comentado lo ocurrido durante la colecta. Es la primera vez que nos

ocurre, comprenderás que deseemos saber si tienes algo contra nosotros, o hemos hecho algo que te incomode, hermano.

El goffon pronunció estas palabras con tono socarrón. Su rostro aceitoso estaba salpicado de granos inflamados. Era terriblemente feo y carecía de cabello. Las orejas se habían incrustado en las sienes como una hornacina protectora. Sus prominentes arcos superciliares servían de parapeto a unos ojos pequeños y desconfiados, como cangrejos acechando. Podía ver en la oscuridad y su oído cubría un amplio rango de frecuencias.

—Me llamo Iqx —dijo—. No voy a preguntarte tu nombre porque ya lo sé. En realidad, Cleofás, sé mucho más sobre ti de lo que imaginas.

—No he dado ningún donativo porque no me apetece —dijo Cleo, provocador.

—A nadie que entra a la iglesia por primera vez le apetece desprenderse de un billete de cien; pero algunos echan en el saquito hasta diez veces esa cantidad.

—Supongo que es una cuestión de fe.

Iqx sonrió: sus dientes tenían peor aspecto que su cara. Cleo parecía la clase de imbécil que estaba buscando. Distraídamente se apretó un barrillo de su mentón, en un gesto que para los goffon equivalía a rascarse tras la oreja. Un hilo de pus espesa se deslizó hacia su cuello, pero aquello no impresionó a Cleo.

—Bien, ¿cuál es tu secreto?

—No entiendo —confesó Cleo.

Iqx, sinceramente, lo creyó y revisó el historial que aparecía en pantalla. Farras le mandaba aquel paleta. Tendría que hablar con él.

—Espera un momento fuera —dijo el goffon—. Voy a hacer una llamada.

El viaci aguardaba en la antesala, silencioso, como un monje meditando.

—Así que te llamas Ebo.

—Le aconsejo que se vaya mientras puede —le susurró el viaci.

—¿Por qué? Iqx parece un tipo interesante.

—Usted no lo conoce.

—Oh, no tengo nada que perder. Tu jefe me dijo que sabía muchas cosas de mí. Cree que no estoy enterado de los cruces entre bases de datos comerciales que hay en la red. He trabajado en programación de sistemas informáticos y sé de qué estoy hablando.

El viaci agitó su cabeza de falso rumiante, en un gesto de abatimiento.

—Le aseguro que puede perder mucho si se queda aquí —dijo.

La puerta del despacho se abrió en ese momento.

—¿Qué estabas murmurando a nuestra visita, Ebo?

El viaci se encorvó un poco más y se alejó sumisamente de allí.

—De modo que estás sin empleo —el goffon regresó a su sillón.

—Desde ayer —asintió Cleo.

—¿Te apetecería un trabajo? Necesito un representante para la franquicia que sepa algo de ordenadores. Debido al negocio hago viajes a otros mundos y me vendría bien un ayudante de vuelo. ¿Sabes algo de mecánica?

—No estoy familiarizado con la tecnología goffon —confesó Cleo.

—Eso no es problema —Iqx puso encima de la mesa una pequeña caja—. Este chisme te enseñará lo que necesitas saber mientras duermes. Lo conectas por la noche antes de acostarte y lo dejas junto a la cama. Mañana te presentas aquí y recibirás el primer encargo. Serán mil argentales al mes, alojamiento y comida. ¿Qué dices? Normalmente no soy tan generoso, así que aprovecha la ocasión. Me has pillado en un día tonto.

—¿Sólo porque no he echado un donativo en el saco de Ebo? —Cleo empezaba a desconfiar, y añadió una de sus perlas de sagacidad:— Aquí hay algo raro.

—Hay cientos de técnicos como tú deambulando por Nudrai con las manos en los bolsillos. Si no te interesa el puesto, lárgate.

—Pero ¿por qué yo?

—Digamos que tengo cierta prisa. Cuando hayas recibido la instrucción básica en el negocio lo entenderás.

—Supongamos que la recibo y mañana no vuelvo. Sabré los secretos de este tinglado.

Iqx arqueó su labio superior, Cleo no supo identificar si era un signo de burla, hastío o un tic de su especie.

—No me dirás nada hasta que conecte este chisme, ¿verdad? —dijo el humano.

El goffon tamborileó con sus negras uñas sobre la mesa.

—¿Por qué dudas? ¿Tienes miedo? —le azuzó—. Quizá no seas la clase de persona que busco. Bah, pensándolo mejor, vete a paseo. No me interesan los cobardes. Vuelve a tu cuchitril y conéctate un par de horas a la ViRed. Así podrás fingir lo que no eres en tus tertulias con pazguatos virtuales como tú.

Naturalmente, el goffon no empleó exactamente algunas de estas expresiones, pero el trad subepidérmico de Cleo era muy creativo. Sin él, sólo habría escuchado una serie de gruñidos y chasqueos de la lengua. El uso de traductores integrados en el oído se había generalizado hace años a raíz del tratado Larman, y en situaciones como aquella revelaban su utilidad.

Cleo mordió el anzuelo. Cogió el aparato y le prometió que volvería mañana a primera hora para aceptar o renunciar. Iqx le contempló alejarse con satisfacción, y para celebrarlo se reventó uno de los granos más gordos y maduros que tenía cerca de la nariz.

Volvería, se dijo. Claro que sí. Y aceptaría el empleo.

No tenía otra opción.

Después de buscar trabajo, sin éxito, en una docena de empresas, Cleo volvió a su cuchitril. Su primer impulso fue dirigirse a la consola de ViRed y coger el casco de sinapsis. La fuerza de la costumbre era poderosa, había estado entregándose a aquel ritual desde que era un chiquillo. Pero las palabras del goffon eran un torpedo vil contra su línea de flotación. ¿Conocía Iqx su adicción a la ViRed? Seguro que

tenía un conocimiento detallado de los lugares que visitaba y en qué tertulias consumía horas y horas de un tiempo precioso que Cleo no volvería a recuperar. La ViRed lo había sido todo para él; bueno, casi todo. También estuvo Sara. Y ahora que lo pensaba, quizá debió tomar en serio sus amenazas cuando su esposa le pidió que eligiera entre el paraíso virtual y ella.

Pero la ViRed era tan atractiva que no podía concebir la vida sin estar sumergido en ese universo, aunque fuese tan solo un par de horas al día. Allí estaban sus amigos que le comprendían, tenían sus mismos gustos, escuchaban sus gansadas y él escuchaba las suyas, ¿qué más podía pedir? ¿Por qué molestarse en salir a la calle si un chorro de electrones proyectado contra tu córtex permitía evadirte de tus problemas?

Su sentido de la autoestima luchó unos segundos contra el casco. Vale, dejémoslo en una hora nada más. ¿Qué más da? Será un paseo, lo imprescindible y luego otra vez de vuelta. Un vaso de leche caliente y a la cama.

Se preguntó si Sara habría hecho bien yéndose con su instructor de gimnasia. Si no sería él quien estaba equivocado.

Equivocado todos los días de su vida desde que cumplió los siete años y sus padres le compraron el kit infantil. Fue una experiencia fascinante, aquellos mundos de humo electrónico le estaban esperando para que él los habitase.

Pero nunca volvió a ser tan intensa. Nunca tan mágica. Ahora se había transformado en un pasarratos, algo con lo que llenar las horas muertas.

Probó a abrir la pequeña caja que el goffon le había dado, pero carecía de juntas y necesitaría instrumental especial para desmontarla. En Biogenius tenía lo necesario, podría llamar a un compañero que le hiciese ese favor. Ya era de noche, así que debería esperar, y había prometido a Iqx que le daría una respuesta mañana a primera hora.

Colocó el aparato encima de la mesita de noche y consultó su reloj. Era temprano para acostarse y no tenía nada que hacer, de modo que cogió el casco de sinapsis. Permaneció en la ViRed durante más de una hora, pero no disfrutó en absoluto y al desprenderse de la conexión le embargó un sentimiento de culpabilidad y angustia.

¿Se merecía lo que estaba sucediendo?

Volvió la vista a su biblioteca. No recordaba cuándo fue la última vez que abrió uno de esos volúmenes de papel auténtico. Los coleccionaba porque era una forma de invertir el dinero y se había puesto de moda. Además, era un coleccionista compulsivo; acumulaba toda clase de cosas, útiles o no, desde posavasos y servilleteros robados de los bares hasta figuras de cerámica o sobres de té caducados. Había tenido que trasladar sus posesiones a aquel cubil de cuarenta metros cuadrados tras el cambio de piso, y la basura se apilaba alrededor de los muebles en montones crecientes, como una planta trepadora que devoraba espacio.

Su pieza más valiosa era un libro encuadernado en cuero repujado del siglo XXII. Los de la época precolonial alcanzaban precios astronómicos y estaban fuera de su alcance: la pulpa empleada en los siglos XX y XXI era de mala calidad y pocos ejemplares de este período histórico habían sobrevivido. A principios del XXIII se declaró ilegal la impresión en papel por escasez de árboles, pero la prohibición se levantó en la segunda mitad del siglo gracias al descubrimiento de nuevos mundos habitables, y por ende, de nuevas extensiones arboladas que esquilmar.

Debería convertir su colección en dinero efectivo y marcharse del apartamento. Ya nada lo retenía allí. Cleo había ido a la clínica Farras decidido a cambiar. Haría tabla rasa con su pasado, se dijo, recordando el folleto de propaganda.

Embaló sus libros y volvió a conectarse a la ViRed para dejar un mensaje en varias casas de subastas, detallando los títulos disponibles; luego se tomó un vaso de leche caliente, activó la cajita metálica y se metió en la cama, por este orden.

Ningún zumbido. Era absolutamente silenciosa. Cerró los ojos y trató de captar alguna sensación inusual, pero sabía que el aparato no radiaría la información hasta detectar el cambio de ondas cerebrales que marcaban la fase de sueño.

La fatiga del día acabó vencéndole y se abandonó a los brazos de Morfeo. Momento que aquel trasto llevaba rato esperando en la oscuridad.

CAPÍTULO 3

Teniendo en cuenta que Cleo no era una persona a la que le sobrara el talento, su comportamiento era ciertamente previsible, algo que Iqx había intuido con astucia. Ni un letrero de neón en la puerta del despacho del goffon que advirtiera "¡no entres!" habría evitado que cayese en la trampa.

Tras levantarse de la cama, Cleo cogió el bote de leche en polvo, sintiéndose algo mareado, y seleccionó el canal de noticias. El régimen de Kíar preparaba invadir el sistema Hiloda, una pacífica república escasamente poblada, compuesta por un planeta y cuatro lunas en las que abundaba un mineral superconductor a temperatura ambiente: el lumenio. Hiloda controlaba el cincuenta por ciento del mercado galáctico de este mineral y, por obvios motivos había despertado las apetencias de Kíar, situado a tan solo un año luz de sus ricos vecinos.

Hace diez años, acuciados por dificultades económicas y revueltas domésticas, los dirigentes kiarianos decidieron huir hacia delante y explotar la vena patriótica de su pueblo. Alegando derechos históricos sobre una luna que decían haber colonizado primero, ocuparon por las bravas el sistema Hiloda, confiados en la insignificancia de las fuerzas de defensa y en que las grandes potencias, divididas en querellas internas, aceptarían la nueva situación si se les ofrecía una tajada succulenta.

Kíar se equivocó. La conferencia de Flangaast, que reunía a representantes de los gobiernos humano, drillín,

rudeario, naroliano y arbineo, aprobó con la abstención de estos dos últimos y el voto en contra del embajador rudeario, el envío de un contingente armado para restaurar al gobierno democrático de Hiloda. Dado que la república invadida era una ex colonia de la Confederación, los humanos asumieron el coste de la operación militar, logrando expulsar a la armada de Kíar del sistema tras dos meses de hostilidades.

La tajada ofrecida por Kíar no fue lo bastante gruesa. La Confederación mantenía acuerdos comerciales con Hiloda antes de la invasión, y lo ofrecido por el embajador kiariano para que no interviniese eran sobras, en comparación.

Mucho habían tenido que cambiar las cosas para que los kiarianos volviesen a arriesgarse diez años después de la derrota. O habían aprendido a calcular el grosor exacto de la chuleta que debían lanzar esta vez, o los lobos tenían cosas más importantes que hacer.

Quizá deba aclarar que no les estoy desvelando los pensamientos de Cleo, sofisticados procesos mentales culebreando en el reino de Planilandia. Nuestro personaje mostraba un vago interés por la noticia, y los asuntos que oliesen a política y no le concerniesen directamente le traían sin cuidado. Ahora estaba enfrascado en un ejercicio más estimulante para el intelecto: remover con la cuchara la leche liofilizada de su taza, que se había convertido en un mejunje grumoso al echarle agua caliente. Los grumos no desaparecieron y adquirieron la apariencia de peñascos en la superficie del líquido. Una forma interesante, reflexionó.

De todos modos, ¿qué le importaba a él que Kíar invadiese Hiloda de nuevo? Nudrai estaba a treinta años luz del escenario de conflicto. Kiarianos e hilodi podían irse al infierno, eso no le cambiaría a él la vida.

Pero Nudrai no era un planeta cualquiera. Medio centenar de civilizaciones mantenía asentamientos permanentes en el planeta. La superficie habitable —apenas una décima parte, el resto era océano o desierto— estaba parcelada en forma de mosaico, y se asignaba una pequeña provincia a cada gobierno que lo desease; con ello se intentaba estimular el comercio y el diálogo entre los distintos gobiernos

de la galaxia. Las especies que no respiraban oxígeno, como narolianos y arbineos, vivían en cúpulas cerradas.

Una guerra que se desatase relativamente cerca de Nudrai era motivo de preocupación para los cónsules alienígenas, que seguían permanentemente las noticias e intercambiaban mensajes de inquietud con sus gobiernos. El cónsul kiariano en Nudrai negaba los rumores de invasión, argumentando que se trataba de maniobras de la flota programadas desde hacía meses. La excusa de siempre.

Treinta años luz, en contra de la creencia de Cleo, era la vuelta de la esquina para los generadores cuánticos que impulsaban las naves estelares. En realidad, incluso un conflicto que se desatase al otro extremo de la Vía Láctea tendría consecuencias a corto o medio plazo en Nudrai. El intercambio comercial había reducido las distancias a términos de días o semanas. Nadie podía considerarse completamente a salvo, por mucho que le gustase creer lo contrario, y las compañías aseguradoras se habían apresurado a doblar el precio de las pólizas a las naves que tuvieran a Kíar o Hiloda como puntos de origen o destino. La ALC (Asociación de Libre Comercio), un organismo de cooperación formado por docenas de pequeñas potencias para servir de contrapeso a los cinco grandes de Flangaast, veía peligrar sus rutas comerciales, y menudeaban los contactos de delegados alienígenas en varios sectores de Nudrai para evaluar la crisis.

Acabado su desayuno grumoso, Cleo se caló su casco de sinapsis y se zambulló en la ViRed. No en busca de noticias acerca de los preparativos de invasión, sino para ver si ya tenía pujas en la subasta de los libros. Había un par, pero no cubrían la mitad del precio mínimo de salida. Cleo se pasó por un par de foros de coleccionismo, contestó unos cuantos mensajes y de pronto recordó que tenía una cita con el goffon a primera hora.

En un bolsillo encontró el folleto de la clínica de Farras. Se preguntó cómo había llegado hasta allí. No recordaba dónde lo había cogido, ni tampoco haber visitado aquella clínica. Qué raro, tenía la sensación de...

¿De qué? Algo en su cabeza se había soltado y andaba repiqueteando dentro de su sesera.

Volvió a contemplar el folleto detenidamente.

Tratamiento de desinhibición talámica, leyó. ¿Dónde había oído antes eso? Quizá en la holovisión, o en la ViRed, o alguna libélula publicitaria se lo había chillado al oído. Esos insectos mecánicos volaban por todas partes, asediando a los peatones con su perorata comercial.

Regresó a su dormitorio y cogió la cajita metálica que Iqx le había dado. ¿Y si la llevaba a un amigo de Biogenius para que la abriese? Sería lo más prudente.

No, se exponía a perder el trabajo. El goffon podría cansarse de esperar y elegir a otro.

Cogió la cajita y se dirigió a la iglesia de la Mentalogía.

La luz solar se filtraba por las cristaleras y el lugar no parecía tan extraño como el día anterior. No había fieles a aquella hora y Ebo, el ayudante de Iqx, se encontraba limpiando.

—Anuncia a tu jefe que he llegado.

El viaci alzó su hocico ovejil. Sus ojos, grandes como perlas preñadas, se clavaron en él.

—Así que no me has hecho caso —murmuró Ebo—. Mis advertencias eran sinceras.

—Necesito el trabajo —Cleo sacó la caja y se la mostró al viaci—. Dile que la dejé conectada antes de irme a la cama, tal como me pidió.

Ebo sacudió la cabeza, apesadumbrado.

—¿Qué ocurre? —inquirió Cleo—. ¿Por qué no me cuentas de una vez lo que deba saber?

—Para qué. Ya es demasiado tarde.

—No te creo. Y además, este trasto no funciona. No siento absolutamente nada.

—¿No has notado lagunas de memoria al levantarte?

—Emmm... no entiendo.

—¿Ninguna sensación extraña? ¿Intentas recordar algo y no puedes?

Cleo tragó saliva.

—Te aconsejo que pidas un extracto de sus cuentas bancarias —dijo Ebo—. De todas formas, acabarás volviendo aquí dentro de un rato.

Aterrado, Cleo salió del edificio y se dirigió a la terminal más próxima. En su cuenta principal figuraba un reintegro de 1.200 argentales hecho el día de ayer.

Iría al banco a protestar. No recordaba haber pagado ninguna deuda con ese dinero.

Pero mientras alzaba la mano para llamar a un taxi, su memoria se aclaró un poco. Había ido al banco y había sacado esa cantidad, de eso se acordaba, pero ¿en qué se lo había gastado?

El aerotaxi descendió enseguida. En lugar de ir al banco, regresó a su apartamento y buscó el dinero o alguna otra cosa que pudiese haber comprado y que no recordara.

Si las insinuaciones de Ebo eran ciertas, Iqx se había apropiado de los mil doscientos argentales, pero ¿cómo? Debía haber utilizado la caja metálica para borrar las pistas que le incriminasen. Muy hábil.

Pero no lo suficiente. Llamaría a la policía y presentaría una denuncia.

El videófono zumbó en ese instante. La fea y aceitosa cara del goffon brilló, malhumorada.

—Ven inmediatamente a mi oficina. Es una orden.

Cleo obedeció y volvió a la iglesia. Su enfado había desaparecido como por ensalmo.

Ebo le dirigió una mirada de pena al verle pasar.

—Te dije que volverías.

Confuso, entró en la oficina. El goffon estaba sentado detrás de su mesa, con expresión alegre.

—Aquí tienes —Cleo depositó la caja en el escritorio—. Hice lo que me pediste.

—Muy bien, siéntate. Tengo que hacerte algunas pruebas —le acercó un pedazo de papel lleno de números y letras—. Concéntrate durante un minuto en esto. Quiero que lo memorices.

—¿Sólo un minuto?

—Hazlo. Es una orden.

Cleo leyó la lista en silencio.

—Bien —dijo Iqx—. Ahora ponte a cuatro patas y camina hasta la pared del fondo.

—¿Qué?

—Ya has oído. Obedece.

Cleo no pudo negarse. Ni siquiera experimentó ridículo alguno al hacerlo, pero Iqx no debía tener bastante, porque a continuación le ordenó que dijera algunas palabras humillantes.

—Soy un perro humano que no merece vivir.

—Así es —el goffon estaba disfrutando con el espectáculo—. Y como perro que eres, harás lo que yo te ordene. A partir de ahora, tu culo me pertenece.

—Sí.

—Levántate —Iqx le tendió un papel en blanco—. Ahora escribirás la lista que has memorizado antes. Vamos, escúpela.

Cleo lo hizo. Sólo se equivocó en cinco cifras de la penúltima línea.

—Necesito una última prueba antes de admitirte en plantilla, una prueba de lealtad. Si la superas, te aceptaré.

—Estoy listo.

Iqx abrió de golpe la puerta del despacho y sorprendió al viaci al otro lado, escuchando. El goffon le hizo pasar y cerró por dentro con llave para que no huyese. Luego, lanzó una pistola a Cleo.

—Mata a Ebo.

—¿Eh? ¿De qué me estás hablando?

—Obedece.

Cleo alzó la pistola. El viaci permanecía inmóvil, su rostro bovino más triste e indefenso que nunca. Colocó el dedo sobre el gatillo y trató de apretar.

—Hazlo ya. Es una orden.

—No lo hagas, Cleo, no le escuches. Concéntrate en cualquier cosa, piensa en...

—No interfieras, Ebo. Esto no va contigo.

—¡Si le has ordenado que me mate!

El cerebro de Cleo hervía como en una reunión de vecinos. Había demasiadas voces dentro de su cabeza, y tenía dudas de que alguna de ellas fuera suya.

—Obedece y apunta a la cabeza —insistió Iqx—. Bien, ahora aprieta el gatillo suavemente. Vamos, arquea el índice,

la yema del dedo ya lo está acariciando, sólo presiona un poco más, así, eso es.

El percutor produjo un chasquido seco.

—Muy lento —Iqx sacudió la cabeza, recuperando la pistola—. Y tú, Ebo, ¿de verdad creías que le habría dado a este patán un arma cargada? Desaparece de mi vista, estúpido.

Ebo se marchó rápidamente, aliviado de poder salir de allí.

—No sé si podré confiar en ti, Cleo. Firma este contrato y luego borra los cinco últimos minutos de tu memoria reciente.

Cleo firmó sin leer el impreso que el goffon puso frente a sus narices. Al recobrar de nuevo el control de sus actos sintió una sensación de vértigo y náuseas.

—Te dejaré descansar un rato y después recibirás el primer encargo. Bienvenido a esta santa casa —añadió el goffon, sarcástico y le entregó un transmisor de pulsera—. Póntelo y no te lo quites, te avisaré en cuanto te necesite.

Cleo abandonó la oficina, tambaleándose. Su sentido del equilibrio estaba seriamente afectado. Ebo, que no andaba muy lejos, le ayudó a caminar y lo llevó a una habitación que utilizaban de almacén, donde Iqx no podría oírles.

—No sé qué me está sucediendo —confesó Cleo, sentándose encima de un contenedor de plástico—. De pronto he aparecido en el despacho de tu jefe, sin tener la menor idea de cómo había llegado allí, e Iqx me ha dicho que estaba admitido.

—El borrado de la memoria reciente produce confusión mental y mareos —dijo Ebo—. Se te pasará.

—¿Borrado de memoria? ¿De qué me estás hablando? No soy ningún robot —y añadió con cautela—. Que yo sepa.

—Iqx acaba de convertirme en su esclavo. La caja metálica que te entregó ayer era un inductor de lealtad.

—¿Un qué?

—Los fabrica Somnispot, una filial de NeoCredo. Es complicado de explicar.

—Ya que has empezado, cuéntamelo.

—Reprogramaron el módulo de felicidad que llevas incrustado en el lóbulo frontal. Iqx te ha sometido en su despacho a varias pruebas para verificar sus nuevas utilidades.

—No recuerdo eso. ¿Cuándo dices que lo hizo?

—Hace unos minutos. El inductor puede borrar tu memoria reciente con una microdescarga eléctrica. Iqx lo activa o desactiva a través de comandos verbales. En una de esas pruebas te ordenó que me matases.

—Vaya. Y ¿lo hice?

—Estoy vivo, creo que eso contesta a tu pregunta —el viaci suspiró, paciente—. Te entregó una pistola descargada. Tú apuntaste contra mi cabeza y apretaste el gatillo.

—Lo siento.

—Te resististe. Eso desconcertó a Iqx, tuvo que repetir la orden hasta que obedeciste.

—Entiendo. Y esa filial que mencionabas...

—Somnispot.

—Eso. ¿A qué se dedica?

—Publicidad.

—No veo la relación con las franquicias religiosas.

—No la hay. NeoCredo invierte parte de sus ganancias en otros negocios. La publicidad subliminal es uno de ellos.

—Suena interesante. ¿Da mucho dinero?

—Quizá. Están preparando una campaña invasiva en el sector humano de Nudrai; si tiene éxito, probarán en otros mundos.

—¿Qué quiere decir invasiva?

—Prometen dinero mientras se duerme. Desde la antena central de la sede de Somnispot se emitirá una señal de microondas a los clientes afiliados al plan. Se trata de pagarles por cada anuncio que reciban mientras sueñan.

—Pero no todo el mundo lleva módulos de felicidad en sus lóbulos frontales, como yo.

—Afortunadamente. Aún así, se utiliza la circuitería del traductor universal como puerta para entrar en el cerebro. Sabrás que todos los humanos llevan un trad implantado detrás de la oreja. El tratado Larman los declaró obligatorios.

—Eh, eh, no estoy tan mal para no acordarme de eso. Ve al grano.

—Para que Somnispot utilice los biochips del traductor es preciso que el cliente proporcione el código de acceso; el cebo es el dinero que se supone cobrarán sin hacer nada. ¿Entiendes ahora por qué es invasiva?

A Cleo le costó un poco captar lo que Ebo quería decirle, pero dado que estaba mareado y confuso no se lo tendremos en cuenta.

—¿Sueños transformados en pesadillas publicitarias? —aventuró.

—Que condicionan hábitos de compra. En la práctica pueden radiar a través de la antena cualquier tipo de información. El año que viene elegirán en el sector humano a un nuevo alcalde. Ya hay un partido político interesado en pagar a Somnispot una campaña publicitaria, y eso que la tecnología está en fase de pruebas.

—Reconozco que es un procedimiento ingenioso —Cleo miró los contenedores del almacén. Las etiquetas mostraban marcas de productos alimenticios—. ¿Qué hay en los contenedores?

—Lo que se lee en las etiquetas.

—En este donde me he sentado pone "carne de buey".

—Deshidratada.

A Cleo se le revolvió el estómago, recordando el desayuno.

—¿También se dedica tu jefe a la alimentación?

—Nuestro jefe; desde hoy trabajas para él.

—No me has contestado.

El viaci dudaba.

—¿Para qué quieres saberlo?

—Curiosidad.

—En este negocio es nociva para la salud.

—¿A ti también te controla con el mismo truco?

—Haces demasiadas preguntas, Cleo.

—De modo que también estás atrapado aquí.

—En absoluto. Los inductores de lealtad no surten efecto en nuestra especie. Necesitaba un empleo e Iqx me lo dio. Por lo general, los goffon confían en los viaci; solemos conformarnos con poco y mostramos un gran respeto por

nuestros patronos. Ellos nos ven como idiotas y nos contratan para los trabajos que no quieren hacer.

El transmisor de pulsera zumbó.

—Se acabó el recreo —ladró Iqx—. Tú y Ebo, volved a la oficina. Hay trabajo que hacer.

CAPÍTULO 4

Resultaba irónico ver a un viaci conducir un camión remolque de cincuenta toneladas: en otros planetas, seres no muy diferentes a Ebo viajaban como ganado en la parte trasera para ser transformados en chuletitas de cordero. El viaci era tan poca cosa que Cleo debía recordarse una y otra vez que no era una oveja que caminase erguida.

Habían llenado el tráiler de aquellos misteriosos contenedores que había en el almacén de la iglesia, con orden de trasladarlos a la *Xonxo*, la nave mercante de Iqx. El sensor de la valla de acceso del espaciopuerto leyó la retina de Ebo y la matrícula del camión antes de permitirles el paso.

—Se han reforzado las medidas de seguridad en las últimas semanas —comentó el viaci—. Se temen atentados de extremistas kiarianos.

—Oí algo de una invasión en las noticias de la mañana.

Por la ventanilla, Cleo observaba a parejas de soldados patrullando por las instalaciones, y una tanqueta recorriendo las pistas de despegue, tal vez en busca de explosivos ocultos.

—Parece que se lo toman muy en serio.

—El mercado del lumenio mueve billones de argentales —dijo Ebo—. Es para estar preocupados.

El camión enfiló una pequeña carretera que conducía a una de las zonas de embarque. Ebo tuvo que parar a exhibir la orden de carga a un controlador, apostado en la entrada de los muelles.

—Bien, ahí la tienes. Iqx quiere que revises los controles de navegación. Varios sistemas periféricos se han vuelto inestables.

Bajaron del camión. Ebo se dirigió a una carretilla elevadora robot, mientras la rampa de acceso a las bodegas de la *Xonxo* se abría con un lento bostezo. Previo pago de la tasa correspondiente, la carretilla comenzó su mecánica labor de porteo. Ambos entraron a la bodega.

—La nave dispone de dos cubiertas —explicaba Ebo—. La inferior está ocupada por los compartimientos de carga y la sala de máquinas. En la superior están las dependencias para la tripulación, el laboratorio y la cabina de mandos.

—Muy bien. ¿Por dónde empiezo?

—Tenemos problemas con la presión y el refrigerante. No hay fugas en el casco y las conducciones parecen en buen estado, así que el problema debe ser una sobrecarga del ordenador central.

Minutos después, la carretilla finalizó su tarea y se alejó rodando hacia otro lugar donde se alquilasen sus servicios. Ebo cerró la rampa.

—Vayamos a la cabina de control —solicitó Cleo—. Tendré que reiniciar el sistema y pasarle un programa de diagnóstico.

Subieron por una escalerilla de mano a la cubierta superior. Un pasillo estrecho y mal iluminado comunicaba las distintas dependencias de la nave. Los camarotes y la cocina tenían las puertas abiertas, pero el laboratorio se hallaba cerrado. Cleo sintió curiosidad por echarle un vistazo.

—¿Qué hay aquí dentro?

—Nada de interés —Ebo pasó de largo y entró en la cabina de mandos—. Vamos, no te entretengas.

Cleo anotó mentalmente que debía encontrar el modo de entrar allí. Las puertas cerradas eran una provocación para él.

Ocupó el asiento del piloto y estudió la consola. Pese a que desconocía el alfabeto goffon, reconoció las teclas y se puso a escribir comandos en la pantalla. El inductor de Iqx le había transmitido la información que necesitaba.

—El ordenador central está en modo de bajo consumo. Tengo que apagarlo y volver a encenderlo —anunció.

El viaci cabeceó, asintiendo. Las luces de la cabina se apagaron unos segundos.

—Esto me llevará un buen rato. ¿Por qué no sales a comprar algo de comer? No trabajo bien con el estómago vacío.

—No puedo perderte de vista. Iqx fue muy específico.

Las rutinas de diagnóstico relampagueaban en las pantallas. Cleo arrugó el ceño.

—Estos equipos son antiguos. ¿Cuándo fue la última vez que tu jefe invirtió en nuevo material? ¿En el cretácico? El sistema funciona con lentitud porque como mínimo le falta un tera de holomem, además de placas de procesadores en paralelo que alivien a la unidad central de los cuellos de botella. Para que el ordenador evite el bloqueo debe restar recursos de algún lado y eso provoca un mal funcionamiento en los sistemas auxiliares. De todas formas, no apostaría un argental por el estado de las conducciones de esta nave. Si tu patrón no se preocupa de adecentar este cacharro, se quedará varado en mitad de ninguna parte la próxima vez que alce el vuelo.

—Todo eso está muy bien, pero yo no soy Iqx. ¿Por qué me lo dices?

—Porque seguro que nos está escuchando desde su oficina. Es desconfiado hasta la médula.

—Te advierto que no le gusta que hablen mal de la *Xonxo*.

Cleo invocó varios programas de chequeo desde la consola principal. Los resultados, como temía, fueron poco alentadores.

—Necesita un cerebro artificial de tercera generación que ayude al ordenador central y prevenga nuevos colapsos.

—¿Cuánto costaría?

—Hay varios modelos, pero yo creo que con uno de diez mil pavos bastaría.

La voz de Iqx graznó en los altavoces de la cabina.

—¿Estás loco? ¡No tengo ese dinero!

—El sistema es inestable. Yo no despegaría sin una revisión a fondo y un aumento en la capacidad de...

—Arréglatelas con cien argentales. No me importa cómo lo consigas, pero hazlo. Es una orden.

—¿Qué quieres que haga, lo robo? ¿Mato a alguien?

—He dicho que no me importa cómo lo consigas, ni quiero saberlo. Sólo hazte con él, y que sea hoy. Tengo negocios que atender.

Cleo encontró el conmutador de la radio y lo cerró una décima de segundo antes de que Iqx cortase la comunicación.

—El goffon no bromea con estas cosas —dijo Ebo.

—Yo tampoco. No puedo encontrar nada que pueda servirnos por menos de diez mil.

—Tendrás que intentarlo. Iqx jamás acepta un no por respuesta.

Cleo terminó la revisión del sistema y arqueó la espalda, fatigado. Tendría que pensar en recorrer los basureros, pero los buenos cerebros artificiales eran orgánicos y por tanto perecederos, a menos que se tomaran ciertas precauciones. Se deterioraban fácilmente y sería más costoso reparar los circuitos nerviosos dañados que comprar uno nuevo.

Quizá sus antiguos compañeros de Biogenius pudieran venderle alguna unidad de saldo. Con taras de fábrica eran más económicos.

La huella dactilar de Cleo ya no servía para abrir la puerta de entrada a los almacenes de la empresa. Sus códigos habían sido anulados y a todos los efectos era un extraño. Cleo se situó frente a la cámara de la puerta y pidió hablar con Lawi, el encargado de los almacenes. Su solicitud no sirvió de mucho hasta que enseñó un billete de cien a la lente y dijo que venía a comprar.

Lawi salió con cara avinagrada a recibirle.

—Si quieres comprar, vete a un supermercado. Aquí no servimos a particulares —rezongó, pese a lo cual les permitió entrar—. ¿Quién es ese?

—Ebo, un amigo.

—Un viaci —Lawi frunció aún más su entrecejo—. ¿Qué se te ha perdido aquí, monstruo?

—Eh, déjalo en paz.

—Así que te has asociado con una oveja. Conozco a los viaci, trabajan por una miseria y nunca protestan ni secundan huelgas. Nos están quitando el pan de la boca.

—Esperaré fuera —dijo Ebo, agachando su hocico, y se retiró prudentemente.

—Eso no ha estado bien —replicó Cleo.

—Cierra tu bocaza, ya no trabajas aquí. Uno de nuestros ejecutivos quinceañeros te echó a la calle. Ya eres viejo para esto.

—Olvidas que rondas la treintena, Lawi, y pronto seguirás mis pasos. Esos niñatos déspotas no sienten el menor escrúpulo con el personal; por eso los pusieron aquí, pueden ser crueles sin sentir remordimientos. Además... —calló deliberadamente.

—¿Además qué?

—No sé si debería hablar de esto aquí —dijo en tono conspirador.

Lawi lo acompañó a la oficina. Por el camino, Cleo había improvisado una historia que le metería miedo en el cuerpo y le ganaría su confianza.

—Vamos, desembucha. Aquí no nos oye nadie.

—Antes de que me echasen estuve husmeando en los ficheros de personal. Averigüé que iban a despedir a la mitad de la plantilla. Han implantado matrices de personalidad en mandriles para que realicen tareas de responsabilidad no crítica. La zona de almacenes y pedidos es la primera candidata.

—Me estás tomando el pelo —receló Lawi—. Si fuera cierto, tendría que saberlo.

—Los afectados son siempre los últimos en enterarse. La factoría de Biogenius en Dricon los está preparando en secreto para distribuirlos dentro de un mes al resto de fábricas. La de Nudrai es una de las primeras de la lista.

—Eso no... no puede ser —Lawi dudaba.

—Yo que tú estaría preparado cuando llegue el momento. Conozco una puerta trasera para acceder a los

ordenadores de Biogenius. Puedes conseguir un buen pellizco si sabes el modo.

—Eh, vamos, ¿me estás proponiendo que traicione a la empresa? A lo mejor te despidieron por eso.

—Bueno, puedes quedarte aquí y ver lo que sucede. Los mandriles trabajan veinte horas al día y no reciben más pago que una papilla nutritiva y un jergón para dormir. La dieta de plátanos les salía cara y modificaron su metabolismo para que se contentasen con un puré de hidratos de carbono y proteínas, asqueroso pero barato.

Cleo rió para sus adentros. Una mentira aderezada de detalles que la hiciesen masticable era más fácil de tragar.

—Bien, dime qué puedo hacer por ti —concedió Lawi.

—Necesito un VREM-8000 o superior.

—Los cerebros artificiales de tercera generación son palabras mayores. ¿Cuánto tienes?

—Cien argentales.

—Es una miseria.

—Lo sé.

—No tengo nada en buen estado que te pueda servir.

—Entonces miremos en lo que esté en mal estado.

Lawi se concentró, tratando de recordar qué había en los sótanos.

—No sé, no quiero líos ni me hago responsable de lo que ocurra, recuérdalo bien.

—Conforme.

—Antes quiero el dinero. Y esa puerta falsa al sistema.

—Está codificada en una llave de ADN que no tengo aquí. Te la enviaré a tu casa.

Lawi no se fiaba, pero acabó cediendo. Había encontrado el modo de desembarazarse de un estorbo que de todos modos pensaba convertir en picadillo.

Bajaron al sótano, donde se apilaban urnas de cristal de humaniales devueltos por fallos de funcionamiento. La temperatura allí era de diez grados bajo cero.

Lawi frotó el cristal empañado de una de las urnas y miró al interior.

—Se llama Simón —sonrió—. A esta bestezuela nos la han devuelto ya dos veces. ¿Todavía sigues interesado?

Cleo se encogió de hombros.

—No es para mí. Si su unidad cerebral funciona, me vale.

Lawi abrió la tapa. Había restos de una sustancia lechosa en el hocico.

—Le metí Crionex en las venas hasta que le salió por las narices —dijo Lawi, creyendo que resultaba gracioso—. Igual me lo he cargado.

—¿Qué es? ¿Un jabalí?

—Un tapir. Sabe seguir un rastro, o eso me han dicho —empujó la urna a la terminal más cercana y conectó el cable de datos al puerto de comunicaciones situado detrás de mi cabeza—. Por lo demás, este bicho es completamente inútil —observó el indicador de la terminal—. Creo que se recuperará enseguida.

El Crionex fue expulsado en forma de moco fluido al interior de la urna, ayudado por las convulsiones producidas por la reanimación.

—Es duro este bicho, joder. Le metí líquido para dormir a un mamut y ni se ha enterado.

Eso último no era cierto. Yo era consciente de la cháchara de aquel salvaje, del humo del pitillo que encendió mientras hablaba sin parar y, por supuesto, también de los latigazos que me sacudían el cuerpo. Mi primer pensamiento consciente fue morderle el brazo y arrebatarse el cigarrillo, pero no tenía un plan para salir del almacén y me contuve.

—Es suficiente —Lawi me sacó el cable de datos del cogote como si extrajese el corcho de una botella y me tiró de las orejas—. Vamos, gandul, al suelo. Si vuelves por aquí será en forma de paquetitos de albóndigas, ¿me has entendido?

Salté torpemente al frío suelo y me acerqué a oler a Cleo. Lawi aspiraba provocadoramente largas caladas de su cigarro. Conté hasta diez.

—No tengo intención de volver a verte, canalla; intentaste matarme con una sobredosis de Crionex —dije, con la voz ronca de un camionero bronquítico.

—No volverás —dijo Cleo—. Y si lo haces, es probable que Lawi no esté ya aquí para hibernarte.

—Eh, largaos. Y quiero esa llave esta tarde en mi casa, no lo olvides.

Cleo asintió, pensando lo fácil que había sido engañarle; más o menos lo mismo que se decía Lawi, por otras razones.

A la salida nos esperaba el viaci, que se mostró sorprendido cuando me vio asomar por la puerta.

—¿Un animal? —exclamó, más que preguntó.

—Todos lo somos —dije sin pretender ser filosófico, y aproximé mi pequeña trompa hacia sus genitales. Desde ese momento podría detectar aquel olor aunque Ebo se hallase a veinte kilómetros de distancia.

—Es un animal humano —explicó Cleo—, dotado de una matriz de personalidad artificial. Biogenius fabrica las mejores mascotas del mercado, y también las más caras —añadió con hueco orgullo.

No quise contradecirle en ese momento. De todos modos seguro que no había oído hablar de Daldasarre.

—Tengo sed —dije—. El Crionex me ha secado la garganta y me cuesta respirar.

Me condujeron a una fuente pública a monedas, dejándome beber hasta que el dispensador pidió cincuenta céntimos más y se guardaron la cartera. Mal asunto, pronto empezaban a racanear.

Pero fue un augurio falso. En ese momento el dios de los tapires se acordó de mí.

Cleo había sacado un paquete de cigarrillos Alquitrancia Oro, con un cincuenta por ciento más de nicotina. Ah, qué buen comienzo, justo lo que me pedía el cuerpo.

—Perdona, ¿te importa? —alcé mi pata derecha, que temblaba ansiosa al señalar el paquete.

Cleo giró la cabeza, confuso.

—¿Qué debería importarme? —dijo.

—Un cigarrillo. Puedo encenderlo solo, gozo de cierta movilidad en los dedos de mis patas, pero es complicado. Si eres tan amable...

Cleo gruñó, reticente a ser caritativo.

—Está bien —concedió—, de todos modos, desde que tengo el módulo de felicidad apenas me hacen efecto —me encendió un pitillo.

—Te aseguro que en los pulmones *sí* te hacen efecto —dije, aspirando una bocanada que me supo a gloria—. Los Alquitrania son dinamita pura, pero qué demonios, no pretenderás vivir eternamente.

—Bueno, la verdad es que había considerado esa idea.

—Las réplicas informáticas no funcionan exactamente como el original —dije, sabiendo de lo que hablaba—. A todos los efectos da lo mismo que cuando la palmas hayas creado una copia de tu mente que te reemplace; esa copia no serás tú por mucho que se te parezca, y siempre hay diferencias significativas que...

—Lamento interrumpiros —intervino Ebo, llamando a un taxi—, pero tenemos trabajo que hacer.

Volvíamos al espaciopuerto. Cleo me conectó a la computadora central de la *Xonxo* y nos dedicamos a depurar código. A Iqx no le había hecho gracia mi compra, pero la nave debía estar en condiciones para despegar antes de veinticuatro horas y Cleo aseguraba que sin mi ayuda, era probable que se produjese un fallo en vuelo que pusiese en peligro a la tripulación, así que el goffon se tuvo que fastidiar.

Ebo bajó a la sala de máquinas para reparar algunas fugas detectadas al probar la integridad de las conducciones, dejándonos solos en la cabina de mandos. Ahora que Cleo se había familiarizado con los controles de la nave, podía fisgonear en cada recoveco con impunidad.

El laboratorio era el único sitio que Ebo mantenía cerrado a cal y canto. Mi nuevo —y temporal— dueño activó la cámara de seguridad interior. La visión que obtuvo fue poco estimulante; se trataba realmente de un laboratorio con los utensilios que podía esperarse encontrar en él, y numerosos armarios blancos cubriendo las paredes.

—¿Qué hay ahí dentro? —se preguntó en voz alta.

—Frascos de sangre y tejidos —le informé sin entusiasmo. Había penetrado en las profundidades del ordenador de la *Xonxo* sin dificultad, incluyendo las zonas restringidas con clave, que descripté casi sin proponérmelo.

—No entiendo.

Qué novedad.

—Tal vez no esté bien que metas las narices ahí, Cleo.

—Me importa un pimiento. Si Iqx está pringado en algo ilegal, quiero saberlo.

—Ilegal no es la palabra adecuada. El goffon posee permisos para manipular y transportar material biológico, y renueva puntualmente sus licencias. Lo he comprobado.

—Muy bien, entonces ¿qué esconde ahí?

—Suponiendo que te importe, ¿a ti qué más te da?

—Aproveché mi módulo de felicidad para alterarlo y convertirme en su esclavo —Cleo me contó a grandes rasgos la historia—. Quiero vengarme de él.

—Pero te ha dado un trabajo. Es lo que querías.

—No a cualquier precio. Quizá estés acostumbrado a que te usen como una cosa, pero yo soy un ser humano.

—Y yo un animal humano. Aparte de que la ley no me concede derechos civiles, ¿qué diferencia hay entre tú y yo?

—Caminas a cuatro patas y se te puede comprar.

—Hay humanos que responden a esas características.

Cleo reflexionó. Su ejemplo no había sido inteligente y tuvo que esforzarse.

—Tu cerebro es artificial, aunque tenga base orgánica —añadió—. Yo me ganaba la vida programando emuladores de comportamiento para mascotas.

—Mi caso es diferente.

—La mayoría de humanimales se creen diferentes. Las rutinas de personalidad les inducen a creer que no son máquinas, con el fin de disminuirles la angustia.

—Mi matriz de personalidad no es sintética. Alguien volcó en mi cerebro la información de la mente de una persona muerta.

Cleo alzó una ceja escéptica.

—¿En un tapir?

—Formaba parte de la broma de uno de los mocosos que tenías por jefe. Robó de un banco de datos la copia del cerebro de Simón Daldasarre, el escritor de la saga de los elfos galácticos. ¿Te suena?

—No. Me gusta comprar libros como colección, no para leerlos —eso le recordó a Cleo que debía consultar en la ViRed cómo iba su subasta.

—Es igual. Biogenius debió enterarse de sus andanzas y contrató a ese niño del demonio. En lugar de meterlos entre rejas, la industria informática convierte a los genios psicópatas en ejecutivos.

—Ya entiendo —sonrió—. Un tapir. Tiene gracia.

—Para mondarse de risa —gruñí.

Cleo recibió una llamada de Ebo, que reclamaba ayuda en la sala de máquinas.

—Busca para qué tiene Iqx esas muestras en el laboratorio —me apremió—. Necesito saberlo.

Me zambullí de nuevo en las tripas cibernéticas de la nave. El sistema luchó duro esta vez, reacio a desvelar sus secretos. Localicé varios fragmentos de información sensible desperdigados a la deriva, como piezas de un puzzle sumergidas en datagel.

—Me llevará tiempo —dije—. Si fueses tan amable, necesito unos terrones de sal para lamerlos de vez en cuando. No es un capricho, mi metabolismo lo necesita.

—Vale.

—Y algo de tabaco. Además de fumarlo puedo masticar bolas, por si al peso te sale más barato.

—¿También lo requiere tu metabolismo?

—No, eso es puro vicio.

—Empiezo a entender por qué te devolvieron al almacén —dijo Cleo, y bajó a la sección de popa, donde Ebo se esforzaba por contener una fuga.

Debería haber ido a conseguirme tabaco, pensé. O mucho me equivocaba, o Iqx aparecería de un momento a otro para dar la orden de despegar.

Me equivoqué por unas horas. Iqx llamó para interesarse por las reparaciones; había todavía trabajo que hacer y Cleo fue enviado a comprar piezas de repuesto. Antes de que saliese le recordé el trato que habíamos hecho.

Mientras curioseaba a mis anchas por los entresijos del ordenador, averigüé que alguien más iba a subir a bordo de la *Xonxo*. Se trataba de un tleneci llamado Yrru.

Se dice que los tleneci forman parte de la rama de los homínidos, y que su aspecto es el que tendrían los humanos si hubieran evolucionado un par de millones de años más. Dotados de una pesada cabeza en forma de pera invertida, basculaban al caminar como si fueran a caer por efecto de su masa encefálica. Tenían miembros esqueléticos, manos sarmentosas, ojos almendrados y unos labios pequeños aunque carnosos. Mayor peso encefálico no equivale necesariamente a mayor inteligencia, y si no, busquen la palabra ballena en su holocubo. Si hubiesen sido realmente inteligentes, no habrían permitido que convirtieran sus tripas en cosméticos.

Los tleneci eran una contradicción evolutiva. La naturaleza había hecho aparentemente su trabajo, pero ¿dónde estaba su supuesta inteligencia superior? Tal vez fueran la evidencia viva de que la rama de los primates no tenía futuro, por mucho que creciera su peso cerebral. La previsora naturaleza había generado vías alternativas en otros mundos, algunas de dudoso éxito, como los goffon o los drillines, pero otras misteriosas y extrañas como los vraj o los blesel.

Los vraj formaban parte de la ALC, la Asociación de Libre Comercio, junto con los tleneci y los goffon, que integraban el núcleo duro. Había unas cuarenta especies más en la organización, pero gravitaban alrededor de aquellas tres.

No conozco a nadie que haya visto alguna vez a un vraj sin capucha. Se sabe que la túnica que visten no está hecha de tela, sino de un microorganismo que segrega fibra en simbiosis con su portador, para protegerlo de la radiación de su estrella. Lo cierto es que el hecho de que nadie les haya visto la cabeza descubierta aumenta la leyenda oscura que se ha creado en torno a ellos. Son huidizos y parcos en palabras, aparecen cuando menos se les espera y normalmente no por casualidad.

Las demás razas recelaban de las intenciones de los vraj, que apenas mantenían intercambios comerciales, y sólo se podían hacer conjeturas sobre su verdadero poder; pero la ALC —con la única oposición de los tleneci— había

concluido que era mejor tenerlos como aliados para los acontecimientos que estaban por llegar. Los vraj aceptaron el ofrecimiento e ingresaron en la asociación como miembros de pleno derecho hacía apenas seis meses, conscientes de por qué se les necesitaba.

Los tleneci desconfiaban de los vraj, lo cual tampoco es decir demasiado, porque desconfiaban del universo entero. Habían desarrollado un batido de creencias entre la superstición y la ciencia que rezumaba paranoia e irracionalidad pero que, insólitamente, les funcionaba. Había espacio desaprovechado en su cerebro, cierto, pero su capacidad intuitiva era muy apreciada y algunas corporaciones los buscaban como asesores comerciales, por su talento para adivinar los movimientos de los competidores antes de que se produjesen. Sin embargo, carecían de poderes telepáticos o de cualquier cualidad extrasensorial; por lo menos, eso indicaban los estudios realizados a los escasos tleneci que se prestaron a ser manoseados por los investigadores. Si tenían algún talento, nadie sabía qué era.

Yrru se hizo de rogar y apareció al atardecer, cuando el sol de Nudrai, convertido en un huevo color sangre por efecto de la distorsión atmosférica, lamía la línea del horizonte. Ebo le enseñó el camarote y el tleneci se dedicó a encerrarse por dentro para examinarlo con un detector, en busca de quién sabe qué. Encontró la cámara de vigilancia y le colocó una tapadera en la lente, impidiéndome que siguiese cotilleando.

El tleneci apareció por la cabina de control al cabo de un rato, una vez que quedó satisfecho del grado de seguridad de su camarote. No esperaba encontrarme allí, conectado a la consola principal, y emitió una exclamación de espanto.

—¿Quién... quién te ha hecho esta monstruosidad?
—Yrru contempló con asco el cable que me salía del cogote y desembocaba en una toma de datos que había frente al asiento del piloto.

Rápidamente le puse en antecedentes. El tleneci demostró una sensibilidad hacia los animales muy gratificante.

—Voy a quitarte este cable ahora mismo. Supongo que eso no te hará daño, ¿verdad?

—Por favor, hazlo.

Podía haberlo hecho yo solo tirando con los dientes, pero no quería privarle de su obra caritativa del día.

—¿Por qué te están haciendo esto? —se interesó el alienígena.

—Usan mi cerebro para aliviar la carga del ordenador central.

—Los goffon siempre han sido unos criminales. No cambiarán nunca.

Aunque la idea de descongelarme para usarme como accesorio de ordenador había partido de Cleo, no quería comprometer al humano de momento. Mi provisión de tabaco peligraba.

—Es su naturaleza perversa y ruin —convine, acercando disimuladamente mi probóscide para olerle.

—Son de la misma calaña que los drillines. Es extraño que en este conflicto estén en bandos opuestos.

Interesante. Le dejé que se explicase, y de paso conseguí ponerme al día desde que me congelaron por última vez.

Los kiarianos calcularon mal hace una década la oferta que debían realizar a los cinco grandes para que no interviniesen en ayuda de Hiloda, pero de los errores se aprende, y ahora tenían un apoyo secreto en la conferencia de Flangaast para ralentizar cualquier acción contra ellos: los rudearios. Aprovechando que Flangaast estaba más dividida que nunca por las disputas surgidas tras el descubrimiento de la constelación negra —de la que hablaré en otro momento—, era fácil que los cinco grandes no se pusiesen de acuerdo si, finalmente, Kíar invadía el sistema Hiloda. Los rudearios, a cambio de torpedear en la conferencia las propuestas de sanción, recibirían un porcentaje por la explotación de las minas de lumenio. En esta ocasión, Kíar había partido la chuleta en su justo grosor.

Las especies no representadas en Flangaast tenían motivos para estar nerviosas. Si Kíar controlaba una porción considerable del mercado del lumenio, los precios se dispararían y eso incrementaría los costes industriales. Aunque Flangaast se cruzara de brazos, la Asociación de Libre Comercio no permitiría que Kíar convirtiese su invasión en un paseo militar. Los goffon habían puesto su Armada a

disposición de sus socios y a ellos se habían añadido los tleneci y, a última hora, los vraj, que jamás habían participado en una guerra. El resto de integrantes de la ALC prestaría apoyo logístico a las operaciones y sólo se implicaría abiertamente en el conflicto en una segunda fase, si se cubrían los objetivos fijados por la organización.

Yrru era uno de los delegados tleneci que debían viajar a la reunión de crisis convocada por la ALC. Asistirían representantes de numerosos gobiernos para elaborar la estrategia a seguir ante la provocación de los kiarianos. Los tleneci eran partidarios de lanzar un ataque preventivo sobre Kíar y destruir la mayor parte de sus infraestructuras antes de que tuvieran tiempo de actuar, pero dado que no habían pasado aún a los hechos, la propuesta tenía pocos apoyos en el seno de la ALC.

Sería a la larga un error estratégico. A estas alturas, todos deberían haber aprendido a hacer caso de los tleneci. ¿Por qué si no los contrataban como asesores? La ALC perdería un tiempo precioso e iba a lamentarlo, pero no adelantemos acontecimientos.

Yrru y yo nos hicimos amigos en aquellos minutos de charla; su respeto por cualquier forma de vida orgánica era reverencial, lo que les obligaba a ser vegetarianos. Las vacas muonas eran sagradas en su mundo —aunque el apelativo *sagrado* tenía para ellos un significado muy diferente al religioso— quizá acaso por su leche, que proporcionaba protección inmunológica a sus niños, aunque con los tleneci nunca se sabe. Pero lo más llamativo de su, por llamarlo de algún modo, cultura era su temor irracional a los retratos. Jamás se dejaban fotografiar, detestaban los holos en que saliese algún tleneci y nunca llamaban con el circuito de vídeo activado. Creo que ahora entenderán a qué me refería con lo del espacio desaprovechado en su cabeza. Tampoco permitían la clonación de individuos de su misma especie.

Lo milagroso en los tleneci, lo que nadie había podido contestar satisfactoriamente hasta ahora, era cómo llegaron a las estrellas llevando toneladas de superstición de lastre. La naturaleza había privilegiado a una especie que no aparentaba merecer el puesto que ocupaba. Tal vez los tleneci tenían

reservado en los designios de la evolución un lugar que ni ellos mismos comprendían. Y esa misma evolución les había dotado de una herramienta poderosa para la supervivencia: la paranoia, un instinto enraizado en la mayoría de especies que en ellos se había desarrollado hasta el virtuosismo. Para sobrevivir en la naturaleza no puedes fiarte de tu entorno, el mundo es un lugar peligroso que te acecha y espera que bajes la guardia para clavar los colmillos en tu yugular. Los tleneci aprendieron bien la lección. No era fácil pillarlos desprevenidos y podían oler el peligro aunque se encontrase al otro lado de la galaxia. A fuerza de ejercitar ese músculo, descubrían trampas escondidas bajo detalles que cualquiera pasaría por alto.

Cleo interrumpió nuestra conversación y entró en la cabina de mandos con cajas de repuestos y varias bolsas de exquisiteces compradas por el camino. Había reunido algo de efectivo por la venta de su colección de libros y quería celebrarlo. Afortunadamente, no se había olvidado de mí y me entregó el tabaco que me había prometido —de la marca más barata que pudo encontrar—, junto con un puñado de terrones de sal.

El tleneci se abstuvo de estrechar la mano que le tendía Cleo —un gesto que sólo tiene significado para los humanos, y que éstos con frecuencia olvidan— y lo examinó desconfiadamente. Yrru reparó en la cajetilla que estaba abriendo con los colmillos, y que había visto a Cleo entregarme.

—¿Aparte de esclavizar a este pobre animal le suministras droga para que trabaje más? —Yrru ensartó su mirada en los ojos de Cleo, como si fueran dos aceitunas que se dispusiese a comer.

—No... no entiendo —boqueó Cleo, falto de reflejos.

—Este tapir está a partir de ahora bajo mi protección, y no permitiré que le hagáis daño.

—Mi adicción al tabaco viene de antes —intervine—. Cleo no tiene la culpa.

—Pero el contacto con humanos fue la causa de tu vicio —insistió Yrru.

—Bueno, ellos me crearon así. Quiero decir, podrían haber evitado que me enganchara a la nicotina

—Y no lo hicieron. Comportamiento negligente característico de los humanos.

—El caso de Simón es especial —reaccionó Cleo—. Su matriz de personalidad procede de la mente de un escritor fallecido. Es probable que éste fuera un fumador empedernido y haya heredado el vicio.

Yrru no tuvo tiempo de articular una respuesta. El patrón de la *Xonxo* había llegado y se dispuso a ladrar órdenes a Cleo, al que acusó de gandulear en horas de trabajo. Volvió a conectarme al ordenador central y se disculpó con Yrru, adoptando un tono más afectuoso que el empleado con el humano.

—Tengo malas noticias —dijo el goffon—. Un grupo de naves de Kíar acaba de entrar en el sistema Hiloda y ha atacado los dispositivos de alerta temprana de las lunas exteriores. La flota no ha hecho todavía acto de presencia, pero creemos que la invasión es inminente.

—Os advertimos que lo harían. Si nos hubieseis escuchado, podríamos haberles atacado mientras sus naves se preparaban en los astilleros orbitales.

—Acabo de hablar con un colaborador para que se encargue de mi negocio en Nudrai hasta que yo regrese. Los demás delegados ya han sido convocados y parten en este momento al punto de reunión. Tengo orden de despegar inmediatamente.

Cristales de fuego. 248 páginas

©José Antonio Suárez

Reservados todos los derechos

<http://www.joseantoniosuarez.es>